

«Oración», el alma universal, que no ha de confundirse, dicen los especialistas, con Brahma el demiurgo, encarnación de Vichnu, Brahma no tiene otro origen que un simple soplo; no es más que una sombra, una apariencia, un espejismo, una especie de abstracción que simboliza la virtud mágica de los Brahmanes: ellos mismos se abstienen de adorar ese principio ideal de todas las cosas, y su culto se dirige a unos dioses inferiores de naturaleza más concreta. «Brahma no es honrado por los hombres», dice, en el siglo XII de la era vulgar, un escritor de Kachmir, Soma deva Bhatta, «porque es insolente»; no hay duda que por hallarse demasiado elevado, no conoce los hombres, y éstos le corresponden. Brahma no tiene templo, — uno solo, según parece, en toda la extensión de la India, — en tanto que Siva y Vichnu, bajo sus diversas denominaciones, los tienen a cientos y a miles.

Así, de una manera completamente ideal, independiente de toda realidad popular, es como el conjunto de las divinidades hindus se supone que obedece a una especie de «Trinidad», o Trimurti, en la que Brahma sería el creador, Vichnu el conservador y Siva el destructor. Sin duda ese género de clasificación de los dioses sería del agrado de los teólogos comentadores, pero, nacido en los libros, sólo en ellos permaneció. El fiel, por el contrario, atribuye al dios ante el cual se prosterna todas las fuerzas a la vez: llegado a este punto le exalta sobre todas las otras divinidades, dándole lo mismo el poder de crear que el de conservar y destruir; en su templo, a la hora de la oración, cada dios se convierte en el dios único, pero en el santuario inmediato se halla destronado.

El hecho capital de las religiones hindus es la incesante transformación. Los dioses cambian de nombres y de atributos: nacen, crecen, disminuyen y mueren, dejando herederos. Todos son próteos, se desvanecen y reaparecen como cuadros cambiantes. Aparte de las nueve o veintidós encarnaciones oficiales de Vichnu, ¡cuántas encarnaciones locales o temporales podrían contarse que no han tenido bastante celebridad para entrar en el canon teológico! De antemano todos los dioses son admitidos en el Panteón de la India como lo estaban en el de Roma en la época de los Antoninos: no les faltaron fieles en mucho tiempo, pero bajo su mismo nombre la



Museo Guimet.

Cl. Giraudon.

SIVA

dios solar, alma universal, esencia y creador de todos los otros dioses y de los seres, tercera persona de la Trimurti.

mayor parte de ellos no tardaban en desaparecer de la memoria de los hombres.

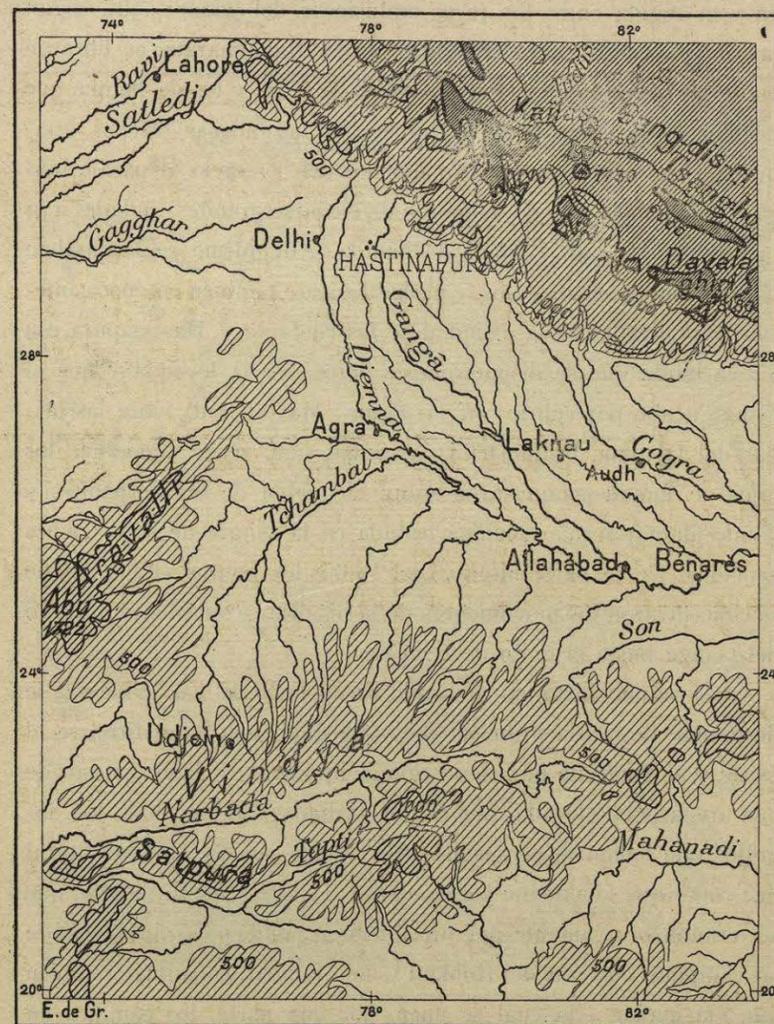
Tal ese esa religión esencialmente móvil y cambiante, que ha

tomado el nombre de Brahmanismo según el dios simbólico de sus innumerables manifestaciones, y sobre todo según la casta sacerdotal a que el pueblo está reverenciosamente esclavizado. Traída por los invasores de toda raza, Arios, Dravidianos o Kohlarianos, penetró casi en todas las partes de la península, excepto en los valles cerrados de las montañas o en los bosques desconocidos que servían de retiro, y en esa difusión general del culto de los brahmanes, los nuevamente convertidos, «regenerados, nacidos una segunda vez», se imaginaron que eran infinitamente superiores a sus abuelos, y muy sinceramente representaron a éstos como estancados en una profunda barbarie y viviendo como verdaderos animales, sin moral ni conocimientos de ninguna clase. Unidos por la religión a los Arios del Norte, Dravidianos y Kohlarianos llegaron a maldecir sus propios antepasados con el nombre de «Demonios» y otros términos infamantes. Del mismo modo, en otras épocas de conversiones en masa, los cristianos, destructores de museos y bibliotecas, no vieron en los paganos de quienes descendían más que un montón de condenados, y los Arabes musulmanes representaron a sus padres del Hedjaz y del Nedjd como otros tantos monstruos.

Los movimientos de toda clase que se producían durante el curso de los siglos en la vida moral y religiosa, política y social de las poblaciones hindus, debieron propagarse, siguiendo naturalmente las líneas de menor resistencia, es decir, a lo largo de las vías cuya mayor facilidad de acceso transformó por esto mismo en caminos históricos, jalonados de distancia en distancia por grandes ciudades, centros de atracción naturales para el comercio y la industria. El famoso camino del Noroeste, formado por la convergencia de las sendas que descienden de los pasos del Hindu-Kuch, se orienta por sí mismo hacia la zona de ricas campiñas que riegan las aguas que salen de los valles himalayos; y después franqueando el dintel de aluviones tantas veces removido por los ríos donde se paseaba la antigua Sarasvati, unas veces corriendo hacia el Indo, otras hacia el Ganga, entra en el territorio donde se enseorea este poderoso río. Esta parte del trayecto entre el Pendjab y las fértiles llanuras del Este, de la cuenca del mar de Arabia a la del mar

del Bengala, hubo de tener en todo tiempo una importancia histórica y especialmente militar de primer orden, porque en esos luga-

N.º 242. Dintel del Hindostán.



res la región fértil es estrecha, y el camino, encerrado entre las estribaciones del Himalaya, al Norte, y los primeros promontorios de las altas tierras del Sud, no podía separarse mucho a derecha o

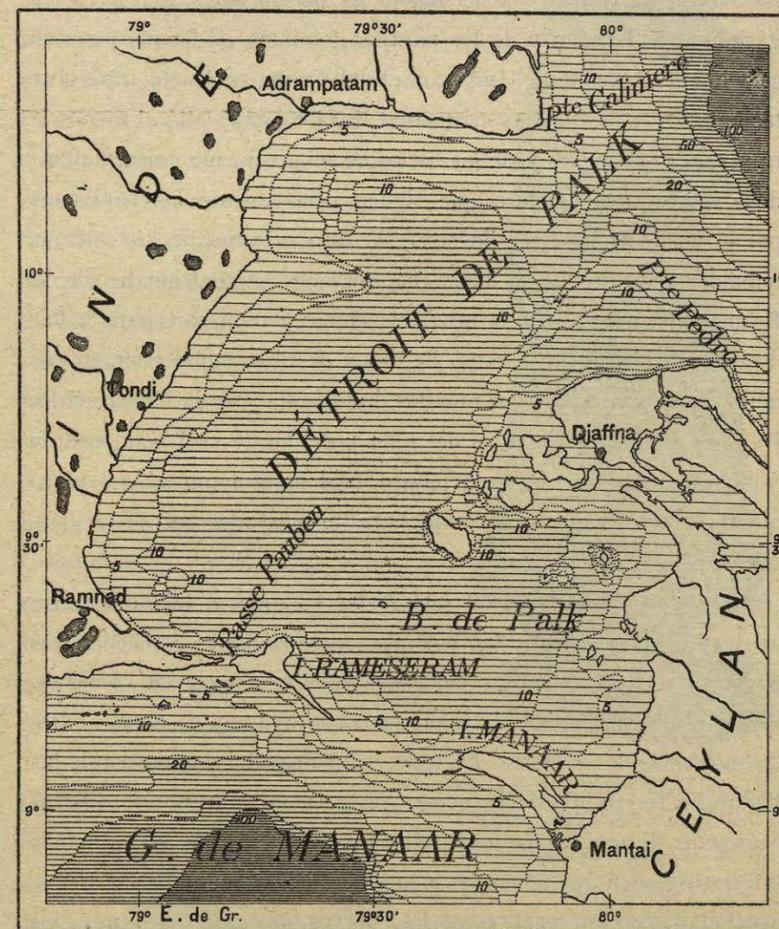
a izquierda; allí se encuentra el punto de contacto entre las dos grandes mitades divergentes del Hindostán septentrional, y, por consiguiente, el centro de dominación por excelencia.

Debido a esas circunstancias, ¡cuántos choques se produjeron en esta región entre los reyes ambiciosos del poder! Allí, según las antiguas tradiciones recogidas por el Mahabharata, se libraron las formidables batallas entre los hijos de Kuru y los de Pandu, que decidieron de la suerte de la India. Por las mismas razones, conquista, posesión del poder, llamamiento del comercio al pasaje más fácil de mundo a mundo, hubieron de elevarse grandes ciudades a la proximidad de esos campos de batalla. Allí mismo se levantaban hace treinta y cuatro siglos, y probablemente también en época anterior, las murallas de la «Ciudad de los Elefantes», Hastinapura, esa Troya hindu que se disputaron los héroes de la leyenda y que el Ganga acabó por cubrir con sus aguas. Más al Sud, sobre las orillas del Djamma, brilla Delhi, la ciudad siete veces santa, que los hijos de Pandu conquistaron sobre el pueblo de las Serpientes y donde plantaron una columna bañada en la sangre de las naciones vencidas. En la parte inferior del Delhi, los puntos vitales donde se concentraron los movimientos de la historia se suceden a lo largo del Ganga hasta el golfo de Bengala.

Otro camino histórico, indicado de la manera más evidente, se desprende de la vía principal del valle gangético, para dirigirse al Oeste y al Sudoeste por el río Son, continuado, al lado opuesto de una arista poco elevada, por el río Narbada: de ese modo los dos golfos que bañan la península están unidos por un camino natural que contornea fácilmente las montañas. La cresta de la meseta, que se termina bruscamente por precipicios o pendientes rápidas sobre las campiñas costeras del Konkan y del Malabar, constituye también una vía mayor a la cual se unen, por una parte, los caminos en cornisa o en grados bruscos que descienden por las brechas o «ghât» hacia los puertos del litoral, por otra parte, los largos caminos de pendiente suave que van a unirse a la costa de Coromandel. En todas partes ciertos rasgos del relieve primitivo han indicado el punto donde debían trazarse las primeras sendas, destinadas a ser un día amplios caminos. Por último, la isla de Ceylán estuvo evidentemente

unida al continente por una vía trazada ya por la nación durante las edades prehistóricas: el «puente de Rama», que la fábula nos dice haber sido echado a través del estrecho por los monos de Hanuman, aliados del ejército de los Arios conquistadores.

N.º 243. Puente de Rama.



1: 1500 000

0 25 50 100 Kil.

Hay que tener en cuenta que la red de los caminos históricos de la India se halla absolutamente separada del resto del Asia por las aristas de montañas que se suceden al Norte, limitando las altas mesetas del Tíbet. Sin duda esas aristas no fueron un obstáculo

infranqueable, y en todo tiempo pasaron de una a otra vertiente mercaderes, peregrinos y hasta viajeros curiosos de saber; pero ese movimiento de vaivén no tuvo bastante importancia para que pueda atribuirse a esas vías precarias de comunicación un carácter histórico en las relaciones de pueblo a pueblo y en el equilibrio general de la civilización. La última vía mayor de las naciones, al este de la garganta de Bamian y de los pasajes próximos, es la que pone en relación el alto valle del Indo con el del Tarim, en Kachgaria, sobre las peligrosas y estrechas aristas del Kara-Korum: allá al menos la travesía de las nieves y de los hielos es relativamente corta, hallándose indicado el sendero que siguen penosamente las caravanas por el vuelo de las aves de paso. Al otro extremo de las cadenas himalayas, es preciso ir hasta las regiones septentrionales de la Barmania, limítrofes de la provincia china de Yun-nan, para hallar otra vía histórica, el «camino de oro y de plata» que pone en comunicación normal los dos mundos de la India y de la China: entre los dos caminos divergentes del Este y del Oeste no hay menos de 3000 kilómetros a vuelo de pájaro. Tal es la longitud del muro que tuvo tanto tiempo casi completamente separadas las dos civilizaciones principales del Asia.

Demasiado elevadas para que se las franquease fácilmente, las aristas himalayas lo eran también para que las gentes de las llanuras bajas y las de los montes elevados pudiesen entrar en conflicto. Respecto de este punto, el Himalaya constituye una excepción entre las montañas de la Tierra. En todos los países del mundo donde las llanuras o las «faldas de los montes» están dominadas por cordilleras o mesetas de una altura moderada, los habitantes de las campiñas inferiores tienen que temer las incursiones de los montañeses. Estos, avecinados en las rocas, como los cuervos, amenazan siempre a los productores despreciados, pastores o labradores que vigilan sus ganados o se inclinan sobre los surcos. Pero los montes del sistema himalayo se elevan demasiado hacia el cielo para que las poblaciones de las campiñas gangéticas hayan de temer a los Tibetanos y otros habitantes de las mesetas superiores. Así es como los animales chicos y grandes del Ecuador, que viven en las llanuras y en vertientes de los montes a menos de 2700 metros de altura, se ven

libres de las garras del condor: la poderosa ave que vuela sobre los Andes no puede descender al aire pesado de las tierras inferiores, y hasta muere cuando se le lleva en jaula al litoral. Es verdad que los Tibetanos, acompañados de soldados chinos, descendieron al Nepal en 1792, pero su vanguardia no llegó a la llanura baja: se detuvieron en los jardines de Nayakot, cerca de Khatmandu, a 700 metros de altitud, y luego se apresuraron a remontarse a sus alturas. No sería probablemente ésta la única incursión realizada en la corriente de los siglos; pero, en resumen, los salteadores temidos por los campesinos de abajo no son los de las altas cumbres, sino los vecinos inmediatos de las estribaciones. Como en el curso de la vida, en que los porta-luz se transmiten la antorcha de mano en mano, sobre las pendientes del Himalaya los choques de guerras se propagan de arriba abajo por mediación de pueblos diferentes.

El centro de gravedad de las poblaciones arianizadas no estaba ya en la cuenca del Indo y se había trasladado a la del Ganga, en el Audh y el Bengala actuales, cuando, en una época evaluada por la mayor parte de los cronólogos a treinta o treinta y un siglos antes de nuestro tiempo, tuvieron lugar en la India meridional y Ceylán las grandes campañas de invasión que sojuzgaron, al menos temporalmente, los habitantes kohlarianos y dravidianos a los Arios del Norte. Una nueva generación de dioses reinaba ya en el cielo: Indra se retiraba a un segundo término, mientras que Vichnu y Siva llenaban el mundo con sus milagros. Unos pueblos hasta entonces desconocidos se



MUJER MERWARI VESTIDA DE FIESTA (DESIERTO DE THAR)

Documento comunicado por la Sra. Massieu.